

2. En la Feria

No todas las brujas son oscuras ni anuncian desgracias. Hay otras, más amables, cuya magia se orienta en direcciones muy distintas. Ramón Alba (alias Polifemo), que este año cumple 50 de feriante, me asegura que ya hubo una edición en la que no llovió ningún día (quizás lo hiciera por la noche). Yo no lo recuerdo, pero estoy seguro de que la excepcional bonanza climática de este año se debe a algún tipo de encantamiento (que no figura en el *Malleus maleficarum*) con el que Eva Orúe, directora del evento y, presumiblemente, bruja aficionada, ha conjurado el mal tiempo. Hasta este momento (crucemos los dedos), la Feria goza de un clima californiano y de una bonanza económica que venga Dios y la tenga (sobre todo el próximo otoño). Después de los dos últimos y olvidables meses en el comercio del libro, la Feria está siendo como una bocanada de aire fresco que permitirá equilibrar las cuentas de muchas librerías. Los feriantes se quejan muy poco (lo peor es lo de los suprimidos planos de la Feria, *peccata minuta* en la lista histórica de lamentaciones) y se les nota satisfechos. Como sucede en cada edición, en

la selección de las casetas se reflejan modas y tendencias: en esta, y además de la apabullante presencia de libros feministas, se exhiben muchas obras sobre la extrema derecha y el fascismo que (quizás) regresa, así como otras sobre la sentencia de muerte que el capitalismo del Antropoceno ha dictado sobre la Tierra. Y es que, si queremos cambiar la tendencia, deberíamos recordar, por ejemplo, que *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* (Catarata), según proclama Jorge Riechmann en la edición revisada (una década más tarde) de uno de sus más importantes textos ecosocialistas.

3. ¡Ah, el amoor!

Como me siento rebotante de alegría gracias a una pequeña, ocasional y decadente dosis de cannabinoides, permítanme que les recomiende tres bellas historias para enamorados. *Cantos de sirena* (Gatopardo, traducción de Patricia Antón), de Charmian Clift, son unas estupendas memorias de viaje que reflejan con candor la década que ella y su marido, dos escritores australianos, pasaron en la diminuta isla griega de Kálimnos, a la que huyeron a

principios de los cincuenta desde un Londres repleto de *smog*, prisas y negruras para buscar el sol, vivir y trabajar tranquilos. Era cuando aún no funcionaba a tope el turismo de masas y viajar no producía grandes dosis de mala conciencia ecológica. Las otras dos novelas son *Rheinsberg* (1912), de la que ya existía una traducción en Muchnik, y *El palacio de Gripsholm* (1950), traducido anteriormente en Acantilado, Trotta y otras; ambas obras, que narran sendos idilios, son obras de Kurt Tucholsky, uno de los más famosos periodistas de la República de Weimar, y pueden encontrarse juntas en un solo volumen (edición de Pilar Martino Alba) en la Biblioteca Cátedra del Siglo XX.

4. En Omelas

Se acaba la Feria, pero si les gustan las buenas historias, no se pierdan, por favor, *Quiénes se marchan de Omelas* (1974), un estupendo relato de una treintena de páginas que roza la perfección y que la gran Ursula K. Le Guin compuso en 1974; lo ha publicado Nórdica en traducción de Maite Fernández y con ilustraciones de Eva Vázquez. Yo ya he regalado tres. De nada.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Lo que no puede comprenderse

No hay “imaginaciones desbordantes”. La imaginación tiene límites mucho más severos de lo que parece. El físico Richard Feynman decía que es mucho más valioso imaginar lo que existe que imaginar lo que no existe. El método científico permite imaginar lo medible y concreto con bastante precisión, pero más allá de esas certezas, que sin embargo nunca despejan la penumbra de lo indeterminado, delante de la imaginación se extiende una gran oscuridad que es la de los extremos de la naturaleza humana y la de los límites de nuestra capacidad de comprender. El aficionado a la historia acepta que hay hechos del pasado que pueden conocerse de una manera razonable, y otros de los que nunca vamos a tener una información suficiente, y también muchos otros de los que no ha quedado rastro documental ni material. Pero incluso lo que damos por conocido, lo que sucedió no hace demasiado tiempo, se revela lleno de incertidumbres y de espacios en blanco cuando queremos mirarlo con cierto detalle: entonces nos abruma la amplitud de todo lo que ignorábamos, y nuestro amor por el conocimiento histórico se fortalece, al mismo tiempo que apreciamos sus limitaciones.

Las opiniones son baratas y fáciles, surgen con falsa brillantez en el chispazo de una ocurrencia. Los hechos, los datos, los detalles requieren una búsqueda ardua llena de paciencia, adiestrada en la disciplina de la investigación. El historiador va componiendo el diseño de un rompecabezas, las teselas insuficientes de un mosaico en el que ya otros trabajaron antes que él, y que sin duda seguirán completando sus continuadores, y a veces corrigiendo, porque se trata de una tarea que no acaba nunca. Para el historiador, la imaginación, anclada en los hechos, es un instrumento de trabajo, porque le permite establecer hipótesis fundadas sobre la forma completa de un paisaje temporal que es siempre fragmentario; y también porque hace falta un esfuerzo de la imaginación para intentar comprender las vidas que habitan en el relato histórico, para ponerse tentativamente en el lugar de quienes protagonizaron o sufrieron o presenciaron los hechos. Pero siempre habrá un punto más allá del cual ni el conocimiento ni la imaginación pueden aventurarse; y hasta habrá algo de usurpación en la seguridad con que alguien que no ha vivido ciertas cosas extremas pretenda revivirlas, o fingir que las siente, que las comprende del todo.

Un aficionado a la historia del siglo XX tiende a suponer que conoce razonablemente los tiempos de la Revolución Rusa de 1917, de la guerra civil, de la toma del poder de los bolcheviques. Novelas, libros de memorias, documentales, películas de ficción hacen posible una familiaridad que muchas veces ha tenido más de mitología que de conocimiento. En los cineclubes universitarios de nuestra ju-



Estatua de Dzerzhinski, fundador de la Cheka, en Kiev. T. SMITH (PANOS / CONTACTO)

“La dimensión del horror en la Revolución Rusa es tan exorbitante que no hay una imaginación que pueda abarcarlo

ventud veíamos copias deficientes de *El acorazado Potemkin* y de *Octubre*, y el esplendor visual de Eisenstein nos envolvía en vendavales de fervor épico y en el malentendido colosal de que los bolcheviques liderados por Lenin habían derribado la autocracia zarista. Ahora leo con una especie de obstinación sombría *Rusia: Revolución y guerra civil, 1917-1921*, el último libro de Antony Beevor, y me doy cuenta de que sabía en realidad mucho menos de lo que imaginaba, en parte por simple falta de información, pero sobre todo porque la dimensión del horror que se abatía sobre el país en esos años es tan exorbitante que no hay una imaginación que pueda abarcarlo, ni razón que pueda comprenderlo. Entre 6 y 10 millones de seres humanos calcula Beevor que murieron de muerte violenta en esos cuatro años, dejando aparte los muertos innumerables por el hambre y las epidemias que se abatieron sobre el antiguo imperio ruso como en un apocalipsis de peste medieval. La ortodoxia ideológica en la que muchos de nosotros nos educamos durante un cierto tiempo dictaba que la revolución acaudillada por Lenin se volvió opresiva y criminal durante los años de las purgas de Stalin, quien habría pervertido con su tiranía personal un proyecto noble de emancipación y justicia social. Pero Lenin, co-

mo recuerda Beevor, tuvo desde la toma del poder una fría determinación genocida que cobró forma inmediata en la creación de la Cheka, una policía política dedicada a la práctica planificada del terror, a la tortura y la eliminación física de cualquiera a quien se designara como enemigo, adversario, simple sospechoso. Un eminente historiador español, José María Faraldo, ha investigado de primera mano la historia terrible de la Cheka y sus sucesivos derivados en la Unión Soviética y en los países del bloque comunista.

Pero en el libro de Beevor, como en el de Faraldo, hay momentos en que el lector advierte el choque de la conciencia del historiador con esa zona de negrura en la que el conocimiento ya no basta y la imaginación se paraliza. A Beevor le sucede cuando cuenta los extremos de ensañamiento a los que llegaron por igual los miembros de la policía política bolchevique y los combatientes rojos y blancos en los campos de batalla y en las retaguardias de la guerra civil. “Europa no había visto una crueldad tan ostentosa, utilizada como arma de terror, desde las guerras de religión”, dice Beevor. Pero a continuación solo tiene preguntas: “¿De dónde vinieron los extremos de sadismo: hacer pedazos con el sable, cortar con cuchillos, quemar y hervir, arrancar las cabelleras en vivo, clavar las charreteras de los uniformes a los hombros, sacar los ojos, empapar a las víctimas en invierno para que mueran congeladas, castrar, eviscerar, amputar...? ¿Acaso la retórica del odio político había intensificado hasta un extremo inaudito el furor de la venganza?”

En Pasternak, en Marina Tsvetáieva, en Isaac Babel, en Iván Bunin hemos podido atisbar, siempre muy desde lejos, algo del horror de aquel tiempo, del derrumbe súbito de todo, de la llegada del hambre y de las epidemias, de la irrupción de un sistema político dispuesto a inmolarse millones en vidas humanas en nombre de una utopía milenarista de emancipación universal. En sus despachos del Kremlin, en medio del caos de la guerra civil, Lenin y Trotsky miraban mapas de Europa y esperaban que de un momento a otro estallaran otras revoluciones soviéticas en Budapest, en Berlín, en París, en Varsovia. En esa atmósfera de criminalidad y delirio, el jefe de la Cheka, Félix Dzerzhinski, borracho en la fiesta de fin de año de 1918, ofreció su pistola a Lenin y a Kámenev y les pidió que lo mataran, gritando: “He derramado tanta sangre que ya no tengo derecho a seguir viviendo”.